

Antes de llegar a Riópar, siguiendo la zigzagueante carretera que baja del puerto de las Cruquetas, sale a la derecha una pequeña pista de cemento que conduce hasta el cortijo de El Ojuelo, un grupillo de casuchas que se levantan bajo la sombra de los picos Rincón y Picayo. Los únicos habitantes perennes de este caserío son Placeres y su hijo José que viven allí, en un viejo caserón, todavía sin luz eléctrica, alumbrándose con la luz del candil y los carburos, de unos pitarrillos de ovejas y unos pequeños hortales que cultivan junto al arroyo de las Zarzalericas.

Pero a mediados de siglo esta pequeña aldeilla bullía de gente, gente que vivía del campo, de cultivar los pequeños huertecillos, de los animales, de las abejas criadas en viejas colmenas de esparto, o de todo aquello que pudieran buscar en la sierra. Segundo y Josefa, padres de Placeres, Simón con su mujer Agustina, Cristino, Valentina, Luciano, Bernarda o Eladio el Marchante, tenían allí sus habitáculos. Al igual que Tomasa, que vivía con su hermano Joaquín, Paulina, José, Inocente y su mujer Eugenia, y Crispoña, que se dejaba ver las tardes de verano en la puerta de su casa hilando con la madeja la rueca de lana. Incluso al otro lado del arroyo había otro cortijo al que llamaban el Cortijo Corca, y más arriba el Cortijo de los Remiendos, donde vivían Quica y Evaristo. Y todos ellos con sus pequeños zagalillos que correteaban por la loma del monte, entre las pequeñas callejas o senduelas y por los cercanos olivarillos.

Hoy día, si exceptuamos dos o tres viviendas, todas las demás han caído en el olvido, o son puras ruinas, con sus techumbres y muros derruidos, vencidos ya por la loca carrera de la edad. Una de estas casas que todavía queda en pie, con sus anchas paredes de piedra y barro, con su cámara, con su cocinilla, su horno de pan y su amplia chimenea, es la de Inocente García, un hombre que allí nació y se crió, hasta que un día, mediado ya el siglo y obligado por la necesidad, decidió hacer el hatillo y partir a extrañas y lejanas tierras. Inocente es uno de esos hombres que ha tenido su biblia en el campo, esa guía que enseña a todos los que allí viven a sacarle su máximo provecho, pues el campo siempre tiene algo que ofrecer a quien bien sabe buscarlo. Es una persona que frisa ya la edad octogenaria, aunque siempre que puede regresa con su mujer al lugar donde pasó su niñez, su juventud y gran parte de su madurez, a pasar unos días y a recordar viejos tiempos pasados.

Siempre que me acerco a Riópar no dejo de pasar por El Ojuelo para hacer una visita a mis amigos Inocente y Eugenia, y cuando llego "la Eugenia" me ruega insistentemente que pase con ellos a hacer penitencia. Yo enseguida cojo el envite, antes de que llegue a caer en saco roto, y me dejo convencer fácilmente por ella. Además me huelgo largamente por ello, porque sé que voy a poder degustar una deliciosa olla de aldea, un guiso sabio y profundo preparado con torreznos, morcillas y otras carnes y con unas riquísimas alubias morunas. Desde primeras horas de la mañana se pone a cocinar en el rescoldo de la lumbre de la cocinilla, donde prepara a conciencia esta comida que huele a gloria bendita, con un tufillo que quita el sentido.

Con la barriga llena, después de hincado el diente a la sabrosa olla, que ha sido regada con el buen vino de parrizo que ellos fabrican, es un placer infinito escuchar las viejas historias que cuenta Inocente. Viejas

He pasado muchas horas bajo el viejo emparrado de la puerta del cortijo, disfrutando de los místicos atardeceres serranos. Entre cigarrillo y cigarrillo de tabaco verde me contaba historias de lobos, de rufianes y de salteadores de caminos

historias que nos narra en el emparrado de la puerta del cortijo y que tiene almacenadas en su cabeza, que es como un almanaque, como un auténtico archivo, pues recuerda a la perfección un verdadero rosario de fechas, datos y lugares. Historias que han ocurrido en la sierra y que jamás han sido puestas en libro alguno, aunque todos estos hombres no han necesitado nunca de la escritura para poder recordarlas y pasarlas de padres a hijos. Narraciones casi todas ellas tan reales como la vida misma, aunque más de una seguro que sólo ha existido en la imaginación de alguna persona de mente inventiva, inspirada por las prolíficas musas de la sierra. Alguna de ellas tan bien compuesta, tan bien filosofada, y tan requetebién contada que sería capaz de ganar el premio Nóbel de literatura si saliese a la luz de la escritura.

He pasado muchas horas bajo el viejo emparrado de la puerta del cortijo, disfrutando de los místicos atardeceres serranos. Allí, mientras el día daba sus últimos suspiros, lo escuchaba hablar con felicísimo contento, boquiabierto, sin pronunciar jamás una palabra hasta que él no ponía silencio a su boca. Entre cigarrillo y cigarrillo de tabaco verde, me contaba historias de lobos, de rufianes y salteadores de caminos, de encantadas, de brujas o de tesoros escondidos en

